

---

# CUARENTA Y CINCO VUELTAS ALREDEDOR DEL SOL

---

*Obra ganadora del I Concurso de  
Cuentos del Colegio de Abogados  
de Lomas de Zamora*

DRA. MÓNICA LORENA  
MANGIA

© Mónica Lorena Mangia.

© Publicaciones del Taller Literario del Colegio de Abogados de Lomas de Zamora.

Coordinación y diseño: Dr. Isaac Basaure.

Corrección y edición: Dra. Mónica Lorena  
Mangia y Dr. Isaac Basaure.

Directores del Taller Literario del CALZ:

Dr. Isaac Basaure y Dra. Micaela Guerra.

Cuento ganador del I Concurso de Cuentos del CALZ.

**OBRA GANADORA DEL**

**I CONCURSO DE CUENTOS DEL COLEGIO DE ABOGADOS DE  
LOMAS DE ZAMORA**

**Cuarenta y  
cinco  
vueltas  
alrededor  
del sol**

**Dra. Mónica Lorena Mangia.**

**COLEGIO DE  
ABOGADOS DE LOMAS  
DE ZAMORA, BUENOS  
AIRES, ARGENTINA.  
2020**

## *Cuarenta y cinco vueltas alrededor del sol*

Dra. Mónica Lorena Mangia.

—El rencor no conduce a ninguna parte, Laurita. ¡Cada uno incide en lo que le pasa! Sos más fuerte de lo que crees. ¡Adelante, hijita! —dijo Francisca, alentando a su nieta—. Además, un sábado —agregó—, visitar a esta viejita... ¡no puede ser tu único plan! Ambas rieron cómplices ante tan simpática expresión de la abuela. Laura la admiraba. Creció con ella. Fue de su mano que comprendió que la vida no es estática; que las circunstancias cambian, que evolucionan o involucionan, pero cambian. Y lo que recientemente había mutado, era el tiempo que ellas compartían.

Resultaba difícil acostumbrarse a que aquellas extensas charlas que solían mantener, en las que el reloj era un objeto desconocido para ellas, fueran reducidas a compartir un té; pintar juntas algún mandala, o a resolver un crucigrama. Costaba aceptar que, desde hacía ya tres meses, su relación estuviera regulada por las normas vigentes en el hogar de personas mayores. Había que asimilarlo. Ese día, hasta tuvo que recordarles Paula, la enfermera que recién ingresaba a tomar la guardia, que en minutos pasaba para llevar a Francisca hasta el comedor, para cenar. Así asumieron que ya era hora de despedirse, y lo hicieron con un fuerte abrazo. Temblando de frío, caminó a paso acelerado hasta el estacionamiento.

«¡Qué contenta se puso con que le cuidó la casa! ¡Y más feliz aún, cuando le conté de Felipe!», pensó durante el trayecto. Cuando subió al auto y arrancó, vio por el espejo retrovisor a Paula, con un sobre de papel madera en la mano. Le hacía señas para que se detuviera. Laura retrocedió y se acercó hasta ella.

—Le entrego un informe del doctor Torres —dijo la enfermera, algo tensa con el recado. Laura agradeció, y guardó aquel sobre en su inmensa cartera. Ya lo leería. Después de todo, la geriatría no era su especialidad y confiaba en el profesional que atendía a Francisca. Arrancó nuevamente, teniendo por destino encontrarse con sus viejas amigas del equipo de vóleibol.

Durante el viaje, trató de imaginar la reunión a la que se estaba dirigiendo. Estaba apesadumbrada. Sabía que accedió a ir con el fin de recuperar vínculos, por eso vacilaba acerca de su decisión. Desde que se había separado, solo salía para trabajar. Sus tiempos de ocio los ocupaba en ver películas, de esas que tienen un final previsible, o en escuchar música, cuyo ritmo dependía de su estado de ánimo del momento. Pero se acercaba una fecha en la que no merecía estar sola, y eso, indudablemente, había razonado Laura al aceptar la invitación.

Mucho de viaje no faltaba, no es tanta la distancia entre Lomas de Zamora y Turdera. «¿Seré capaz de no mencionar su incompreensión ante el fin de mi matrimonio? —se dijo a sí misma—. ¿Seguirá Sole llegando tarde para ver rabiarse a Deborah? ¿Deborah continuará alterándose por lo impuntual que es Sole?». Esa última reflexión, hizo que esbozara una sonrisa.

El encuentro era en un restaurante al que en otras oportunidades habían concurrido. Como era de esperar, volvió a darse la clásica discusión por el horario de llegada; la indecisión de Sole para pedir su plato, la rigidez de Deborah para aceptar un menú compartido. Pero grande fue la sorpresa que se llevó, cuando pasada la medianoche, sus amigas sacaron de debajo de la mesa un obsequio para ella. Y propusieron un brindis por su cumpleaños. Recibió un cálido beso de ambas, y se sintió acompañada al arrancar su natalicio. Fue un momento muy ameno, de esos que siempre son bienvenidos para fortalecer el alma.

Laura llegó a casa pasadas las dos de la madrugada. Entró directo a la habitación. Esa semana, había tenido un arduo trabajo en el consultorio. Sus fuerzas solo le alcanzaron para dejar la cartera en una silla, quitarse el abrigo, el calzado y tirarse sobre la cama. Era una noche muy fría, y en el cuarto de al lado, ahora, no dormía Francisca. Se cubrió con todas las mantas que tenía a su alcance y quedó profundamente dormida. Y soñó. Soñó con la casa en la que estaba durmiendo. Soñó con su niñez. Soñó con el desayuno de leche calentita con tostadas, que la abuela le preparaba al despertarla. Soñó con el moño que Francisca le hacía en su cola de caballo, antes de llevarla al colegio cada mañana. También, en ese sueño, se vio corriendo por el jardín, juntando flores para dejar frente al retrato de sus padres, ese que tenían sobre el mueble del *living* y que aún permanece allí.

Y así transcurrió la noche, hasta que el timbre del teléfono de la casa operó de despertador. Eran las seis de la mañana y Paula todavía seguía de guardia. La llamó porque su abuela había desmejorado inesperadamente. Asombrada, escuchó lo que la enfermera le decía y cortó sin pronunciar palabra alguna.



Por lo que le anticipaba, era necesario acercarse a la brevedad. En ese instante, recordó que tenía el informe del médico en su cartera. «¡Algo quería anticiparme el colega! ¡Por eso la enfermera hizo lo posible para que no me retirara sin él!», pensó. De inmediato, fue hasta la habitación y tomó de la silla su cartera. Buscó, apresurada, el sobre que había guardado el día anterior. Tenía que revisar lo que el doctor Torres había informado. Intentó serenarse. Se dispuso a leer sentada en la cama. Cuando abrió aquel sobre de papel madera, Laura no encontró informe alguno. Dentro de él, en cambio, había un improvisado sobrecito, que captó de inmediato su atención. ¡Estaba confeccionado con una hoja de revista de mandala!, de esas que pintaba con su abuela cuando iba a visitarla. Entendió que era importante saber de qué se trataba. Lo miró en detalle. En el frente, se leía con la inconfundible y prolija letra cursiva de Francisca, en tinta azul: «¡FELIZ CUMPLE, LAURITA!». Lo abrió.

Dentro había un papel doblado, que a modo de carta, decía: «Laurita, has logrado ser una excelente médica, pero hoy, yo voy a escribirte una receta. Tenés que dedicarte, a partir de ahora, a ser inmensamente feliz, y a vivir adquiriendo hábitos de mediadora y de economista. En tu vida, siendo mediadora, vas a saber que ante un conflicto, lo importante es lograr un acercamiento y que, aunque no obtengas un acuerdo total, vas a poder abrir un camino hacia el entendimiento.

Siendo economista, vas a analizar la vida; vas a obrar con empatía, y vas a intentar no desperdiciar ningún minuto de ella, en innecesarias preocupaciones. Laurita, el comienzo de este nuevo año en tu vida, implica que ya has dado cuarenta y cinco vueltas alrededor del sol; que has vivido media vida, y que la otra mitad que tenés por delante, no admite que la malgastes. Te amo infinitamente. Tu abu, FRANCISCA». Laura quedó pasmada. Pudo sentir que su abuela no la había dejado sola ni en esa oportunidad. Con lo relatado telefónicamente por Paula, tendría que enfrentar su inminente partida. ¡Lo que hubiera dado porque el sueño de esa noche fuera realidad! Sabiendo que debía transitar esa situación, y que tenía que estar a la altura de las circunstancias, reaccionó. Hoy le tocaba a ella apuntalar a Francisca.

Se preparó con premura para ir al hogar donde ahora vivía su abuela. ¿Qué decirle ante lo inevitable? Seguramente, su corazón le escribiría la receta para proceder. «Es hora de partir, basta de demoras» —dijo en voz alta. Se abrigó. Tomó la cartera en una mano y las llaves en la otra, y ni bien intentó abrir la puerta de salida, el ronroneo de Felipe la alertó. No podía irse sin prepararle el tazón de leche tibia, que desde que Francisca lo adoptó, acostumbraba tomar el felino cada mañana. Dejó su abrigo y su cartera sobre un sillón, calentó la leche y se la acercó para que pudiera alcanzarla. Se sentó en el suelo, al lado Felipe, y lo acarició. Para ese momento, Laura ya no pudo contener sus lágrimas, solo logró expresarse con voz entrecortada:

—¡Pobre Felipe!; ¡cómo vas a extrañar a tu abuela!

**Fin**